

EL BICENTENARIO DE JONATHAN SWIFT

Por JUAN LOZANO Y LOZANO

La sociedad inglesa, que estamos acostumbrados a estimar como la más moral y la mejor organizada; esa sociedad de seres conscientes y libres que nos aparece como el desideratum de la cohesión moral, en los tiempos normales, y del espartano sacrificio en horas de catástrofe; esa sociedad inglesa, punto de referencia de la estabilidad ética del mundo, no ha sido en todo tiempo tan ejemplar como nosotros nos la representamos. Para no consultar la historia, que es fría y desinteresada, sino el arte, que es vivo y dinámico, la comunidad inglesa parecería como modelo consumado de vicios y villanías, a todo lo largo de la incomparable literatura de su lengua. Unidad de primer orden en la categoría de las potencias nacionales desde los albores del siglo XVI, y por ello empeñada en lucha de intereses y odios seculares con las demás naciones grandes de Europa, es curioso anotar que, a tiempo que insignes intelectos continentales se acercaron en todo tiempo a sus instituciones y costumbres con admiración, o por lo menos con respeto, los críticos más dilacerantes y crueles de la vida inglesa fueron siempre los más altos valores de la inteligencia británica.

Esa inteligencia está conformada para la crítica; pero no para una crítica cualquiera, sino para aquella más efectiva y contundente y feroz de todas, que es la irrefragable del humor. El humor es la nota característica de la literatura inglesa. Desde el padre Shakespeare hasta Bernard Shaw y Wells y Chesterton, con las solitarias excepciones de un Milton o de un Wordsworth, las letras inglesas, prosa y poesía, son un cerrado frente de ataque a los usos de las gentes británicas, a su carácter y a su estilo. Ataque que reviste una forma característica, que es como la "calidad junctura", el hilo conductor, la estructura íntima, que da cohesión y fisonomía y fuerza de organismo viviente, al través de las épocas y de los cambios, a

las letras inglesas. Es el humor universal que permea lo mismo el espíritu pagano, renacentista y reformista del siglo XVI que el puritano que hubo de sucederle, y que el escéptico y despreocupado y fino del siglo XVIII, y que él en parte romántico y en parte económico y científico del siglo XIX; y que el social del siglo XX. El humor constituye la unidad de la literatura inglesa; y ese humor se aplicó siempre a vapular el conjunto de tradiciones y hábitos de vida y pensamiento en donde incubaba aquella literatura.

Quienes profesan que la crítica es disociadora, deberían presentarnos a la Inglaterra de hoy y la de ayer, pero más justificadamente a la de hoy, como un desierto de la moral nacional; como tierra arrasada para la solidaridad social, para la construcción colectiva de una civilización y una cultura, para el impulso idealista, para el esfuerzo heroico. Pero he aquí que hoy acaso como nunca la sociedad británica nos aparece como el guión inimitable de las comunidades humanas. Lo que Inglaterra acaba de hacer ante la guerra y lo que está haciendo después de la guerra, indican la vastedad y la raigambre de sus fuerzas morales. Nunca como ahora un pueblo feliz, habituado al orden que surge de la libertad, industrial, familiar, próspero, y si es posible, un tanto apoltronado, respondió con una conciencia colectiva más perfecta ni con una acción más coordinada, a la voz de un ideal de justicia internacional, política y humana; y antes que transigir con la iniquidad para salvar la comodidad, lo arrojó todo al incendio, hasta dominarlo, sofocarlo y apagarlo; y hoy se yergue sobre la ruina, como nunca juvenil y creadora. Inglaterra no vaciló, en el momento decisivo, en aceptar todas las consecuencias de un destino trágico; y por ella la libertad espiritual vuelve a tañer su voz inimitable sobre la humanidad acongojada. Hombres, cultura, riqueza, afectos, todo lo que es más caro en la vida, lo arrojó Inglaterra a la hoguera, serenamente, sin un gesto patético, como quien ejecuta un acto consuetudinario: así como los viejos nobles, de que hablaba el poeta, tiraban sus sortijas al bronce destinado para fundir campanas.

Habría que concluir que la autocrítica implacable, antes que disgregar a la sociedad inglesa, es la primera fuerza de cohesión moral de la nación, y ha modelado todas sus instituciones escritas y vividas. Si pasamos del campo de las letras a otros terrenos de la acción humana, bastaría citar al parlamento británico, que es expresión secular de su existencia política y que se eleva como faro de

luz inextinguible sobre los pueblos democráticos. Ese parlamento estableció en el mundo el principio de la oposición como primera energía creadora de la autoridad y de la bondad de los gobiernos; la oposición, no como bárbaro alud revolucionario, sino como hecho normal, reglamentario, cotidiano; como institución fundamental de la vida política y de la vida del espíritu: institución no apta a periclitarse ni a suspenderse ni a amenguarse ante la emergencia; sino también y especialmente calculada para afrontar la catástrofe posible.

Así hemos visto ahora que durante lo más oscuro y duro de la contienda apocalíptica, el parlamento británico ejercía, con la naturalidad de los tiempos bonancibles, su función de severa crítica al gobierno, y a qué clase de maravillante gobierno! Y que esa función, regularizada por el ejercicio ancestral, antes que perjudicar o entorpecer la acción ejecutiva sobre la guerra, daba a todos los ingleses la sensación de estar ejerciendo personalmente la dirección de las operaciones; hacía cosa propia de cada hombre y de cada mujer del reino, del carguero al monarca, la defensa de la patria común; solidarizaba en forma infrangible el pensamiento y el sentimiento del pueblo en un hondo sentido de la responsabilidad personal. Otros gobiernos, que han tenido el parlamento como un adorno un tanto fastidioso de las instituciones de moda, están listos, a la primera contrariedad, a meter la constitución debajo de la carpeta, y a suspender el derecho de crítica en asambleas, prensa y plaza pública y tertulia privada. No saben ellos que la disidencia y el contraste son consubstanciales con la vida del espíritu; y que, en donde se coarta, aminora o suprime la libertad espiritual, se marchitan y secan las raíces de la patria, que es, antes que todo, el gran símbolo mental de las vidas humanas.

En este orden de ideas, si la crítica lleva en sí una esencial virtud creadora, y si el humor es la expresión más perfecta de la crítica, al primero de los humoristas británicos, Jonathan Swift, hoy hace dos siglos fallecido, hay que rendir tributo como a uno de los primordiales creadores de la civilización británica, y por consiguiente, como a uno de los grandes conquistadores de la libertad del mundo. Su mérito de artista de la lengua y de maestro del estilo, con ser resplandeciente y supremo en todo el panorama de la literatura universal, no bastaría, en mi concepto, para redimir su mediocre figura personal de hombre vanidoso, envidioso, egoísta y logre-

ro. Es su influencia sobre la sociedad de su tiempo, sobre las futuras generaciones inglesas y sobre la costumbre universal, ejercida al través de la crítica sarcástica, lo que da un valor universal y permanente a su genio.

Así lo enfoco yo, a doscientos años de distancia de su época. Sobre la vida y sobre la obra y sobre el arte de Swift se han escrito bibliotecas enteras, y no merecería la pena la repetición de datos cronológicos y eruditas disertaciones sobre gramática y estilo, extractadas de obras ajenas. Sólo a modo de apoyo de algunas consideraciones que haré en seguida he de sintetizar adelante algunos hechos de la vida tan poco amable y admirable de aquel extraño sujeto. Crítico de la costumbre, crítico del espíritu humano, crítico universal del hombre y de la trama de sus relaciones, Swift es un creador de condiciones nacionales y humanas. Escritor prolífico como muy pocos, una de sus obras, breve por cierto, queda entre las más difundidas y famosas del mundo; está entre la escasa docena de índices de la inteligencia y la conducta, que arrancando de la Biblia y de Homero, y pasando por Dante, Shakespeare, Cervantes, la ola de los siglos trae a nuestros días, sin haberlos dejado naufragar ni averiar en el camino. Los *Viajes de Gulliver*, que hace más de doscientos años apasionan a todos los niños del mundo, constituyen también uno de los mayores motivos de meditación filosófica y moral de los hombres.

Ya en esta dualidad de libro que deleita a los niños y que conturba a los hombres se advierte el rasgo de la genialidad desconcertante que imprimió Swift en todas sus obras numerosas. Hombre de su sociedad y de su época, que tomó parte activa en la vida literaria, religiosa, política; que tuvo amores y amoríos, y se mezcló en los negocios, y fue secretario, y cortesano, y párroco, y líder social, Swift hace minuciosa referencia en sus historias, ensayos y panfletos, al mundo que lo rodeaba de cerca. Hombres poco interesantes, circunstancias pedestres, temas temporáneos y lugareños, hechos en su mayor parte insignificantes, movieron su pluma y fueron objeto de sus feroces arremetidas. Y sin embargo, todo aquello tan efímero y circunstancial y local, puede leerse hoy después de doscientos y más años, en la aldehuela rusa y en la granja paraguaya y en el fiord noruego, con igual palpitante interesamiento. La mente humana se mide por su capacidad de síntesis, por su facultad de sorprender en el hecho común la implicación universal. Y Swift, que de un cuento

para niños destila una biblioteca moral y filosófica, y de una reyerta local extrae una lección humana, inaccesible por el tiempo, debe ser considerado como una de las mayores capacidades mentales que se hayan revelado al mundo por instrumento de la pluma.

Bastaría pensar en la distancia que media entre una mente como la de nuestro genial contemporáneo Einstein, y la mentalidad de un chofer de plaza. Ambos, Einstein y el chofer, operan sobre unos mismos valores, y los nombran con unos mismos términos: mecánica, energía, fuerza, velocidad, inercia. Entre ellos media la sola diferencia de que las nociones que para el chofer son tan naturales, claras, sencillas, elementales, consabidas, esas mismas nociones hacen perder a Einstein en meditaciones que abarcan hasta los últimos límites del pensamiento humano. El uno da las cosas por sentadas, y para él la vida es sencilla y complaciente. El otro cuestiona cada noción, no da nada por sentado, y deriva de su inquietud una angustia fundamental que tortura su vida. Pero no existe duda de que si el genio crítico no hubiese existido; si las nociones de la matemática y de la física no se hubiesen renovado y ensanchado por la crítica, el chofer encontraría más amarga y difícil e incomprensible la vida. Análoga cosa sucede en el campo de la moral. Los hombres se habitúan a determinados tenores de vida y de conducta, sin notar la insensible diferencia que va creándose, hasta terminar en abismos, entre la razón de ser de las cosas y la manera como las cosas existen y se comportan. Se necesita del hombre inconforme y agudo que de tiempo en tiempo se sustraiga a la rutina mental y vea con ojos nuevos, los ojos del genio crítico, el panorama de la sociedad.

Precisamente entre la diferencia y el contraste entre la realidad y el ideal a que esa realidad profesa conformarse, está el secreto hondo del humorismo británico. Las demás actividades intelectuales, la poesía, por ejemplo, proceden por asociación, por ordenación, por organización, por armonización de nociones. El humorismo procede por contraste, y por ello hiere en forma tan vivaz y en ocasiones dolorosas, la sensibilidad. La diferencia entre lo que somos y lo que queremos hacer creer que somos; la diferencia entre las cosas a que aspiramos y las cosas con que nos encontramos; la diferencia, en fin, entre el arquetipo mental que nos forjamos y la realidad en que nos debatimos, forman un contraste brutal, cuando es expresado friamente, sin pretensión didáctica o evangelizadora; y arrancan al

hombre, como de un sacudón violento, de su apatía moral para ponerlo delante de sí mismo y delante de Dios y del universo. En el primer momento el espíritu se siente agraviado en lo más hondo y en él se despierta una reacción de cólera contra el crítico. La pereza mental se insubordina cuando se la priva de condiciones propicias; el desgredo moral se arma de sus tabúes, y los arroja al intruso como dardos. Pero ese estado no dura mucho tiempo; es una de las reacciones creadoras de conciencia. Sucede la reflexión, y en muchas ocasiones la voluntad de reforma. De todos modos, los ídolos del foro, y todos los demás ídolos de Bacon, quedan temblando sobre sus pedestales.

En las épocas en que el extravío humano ha llegado a caminos sin salida el genio crítico estuvo listo a reencauzar el espíritu humano, y con él la convivencia de los hombres en la sociedad civilizada. Cuando el renacimiento y la reforma, grandes movimientos de liberación intelectual, se fueron despeñando por el egoísmo sin freno, por la sensualidad embotadora, por el libertinaje mental, y la curiosidad enfermiza de la inteligencia reemplazó totalmente toda regla normativa de la conducta, grandes cerebros, Rabelais primero, Montaigne y Erasmo después, detuvieron con su humorismo crítico a la humanidad europea en la desmelenada carrera de su locura. Mostraron la relatividad de las verdades, y enseñaron la transigencia, señalaron la desviación entre fines y medios, socavaron el sectarismo bárbaro que venía como una alegada consecuencia de la amplitud espiritual lograda por el retorno a las formas clásicas del pensamiento. Ellos, y ninguno otro distinto de ellos, ni el apóstol, ni el general, ni el filósofo, ni el hombre de estado, pusieron con su carajada universal valla valiosa a la sensualidad, a la estupidez, a la violencia, y recondujeron a su cauce natural el espíritu humano.

El siglo XVIII fue otra grande época de crisis. Y los rescataores del espíritu en aquella emergencia fueron, en su primer mitad Swift, y Voltaire en la segunda. En Inglaterra era tan aguda la crisis de sentimientos y costumbres, que se necesitó de una entera legión de críticos inmortales, la plana mayor del ingenio literario del mundo, para secundar a Swift en su acción sobre la sociedad envilecida. Steele y Addison, gentiles y finos; Defoé, rudo y genial; Fielding y Smollet, sagaces y astutos, levantan el estandarte del sentido común, del equilibrio mental, de la visión realista, frente a la deletérea situación espiritual y social, que sólo podría calificarse con

la expresiva palabra inglesa de sofisticada. Más tarde Goldsmith fustiga con el indecible don del encanto. Y con ellos, último en el orden del tiempo, el fantástico y excéntrico y lunático, Lawrence Sterne cierra el siglo XVIII en un vivificante círculo de crítica. El gran legado fue recogido en la siguiente centuria por Thackeray y Dickens, gigantes literarios; y hoy se perpetúa en hombres de la talla intelectual de Shaw, Chesterton y Wells.

Swift vivió una larga vida literaria que se extiende entre las dos últimas décadas del siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII. Fueron tiempos turbados y desconcertados los suyos. El nació de padres ingleses en Irlanda, siempre desgarrada, desharrapada y tempestuosa, en 1667, muy pocos años después de la decapitación del Rey Carlos I. Todas las luchas y las intrigas de la restauración, el desastrado reino de Carlos II, el breve, y aún más desastrado de Jaime II, el desgraciado y fecundo de Guillermo y María, el lamentable de Ana, la denominación de los primeros pintorescos y grotescos reyes extranjeros de Hannover, ocurrieron durante su vida. Luis XIV dominaba entonces, y por tantos años, la vida europea, y constituía una permanente influencia perturbadora en la política inglesa; con relación a él, a su apoyo o a su amenaza, se conducían las bandas de la vida británica. Guerra casi constante en el exterior, en la más variada y confusa suerte de alianzas con las potencias, para mantener el equilibrio europeo; revolución y restauración y adopción y nuevos intentos de restauración en el interior, con su cortejo de conjuras y hechos de armas; en medio de todo ello, una gran revolución civil, que iba por dentro, en la cual se modificaron substancialmente las instituciones inglesas, perdieron su poder los reyes, surgieron los partidos, se formó casi caóticamente la praxis de los actuales gabinetes, cobró forma nueva y característica el parlamento, se asentaron las bases del imperio. Y al través de todo ello, una corriente de ideas que, al refinar y repulir los individuos de las altas clases intelectuales y sociales, corroía las bases de la convivencia social y todo escrúpulo de carácter moral, en medio de una prosperidad inusitada que sólo cobijaba al ramo de cortesanos, políticos y magnates.

Las costumbres sociales de aquella época no podían ser más desarregladas. En 1704 había publicado Swift su primera obra inmortal, el *Cuento del Tonel*, *The Tale of a Tub*. Veintidós años después, en 1726, apareció el libro de los *Viajes de Gulliver*. Sus últimos es-

critos, como las *Instrucciones a los sirvientes*, y la *Conversación pulida*, datan de 1740, poco antes de caer el humorista en el estado de demencia que hubo de perdurar hasta su muerte, ocurrida hoy hace doscientos años. Estas fechas se fijan como puntos de referencia. En 1714 llegó a reinar en Inglaterra el primer Jorge. Aquél dilacerante cuaderno sobre el estado de las costumbres en Inglaterra bajo los cuatro Jorges, que en el siglo anterior al nuestro escribió Thackeray, enmarca bien el ambiente social que tocó vivir a Swift durante la época de su plena madurez intelectual; y aun cuando en esa tremenda monografía no esté nombrado Swift, nos da él la idea de las reacciones que en su ánimo debió suscitar aquel estado social deplorabile.

La coquetería profesional, la intriga cortesana, el lio nobiliario, la conversación desvergonzada eran signos de buen tono y méritos para el ascenso y el eventual predominio en la sociedad alta. Se necesitaba ser un aventurero o convertirse en un aventurero para llegar al favor principesco; pero ser un aventurero con cultura social; y así sujetos como Brummel, en gracia de haber prestado algún eficaz servicio celestinesco al monarca, llegaban al ápice de la influencia sobre la corte y sobre la sociedad. La embriaguez era inseparable de la elegancia, en hombres y mujeres; y no llegaba una dama a adquirir prestigio de primera categoría mientras no hubiese jugado en una noche todas sus joyas, o un palacio. El duelo inmotivado, súbito y habitual, era la manera gentil de disfrazar algún asesinato indispensable, por motivo de amores, de deudas o de complicidades. Los políticos vivían del favoritismo, o del peculado, o del favor de alguna gran señora; y la manera, alternativamente empleada por whigs y tories, de variar la opinión de un parlamento rebelde, era la real gracia del soborno. Sin que faltaran casos en que algún lio doméstico terminara el bueno o mal éxito de una situación internacional y política.

Al estado de desarreglo moral que naturalmente determinaban las condiciones de revolución en que había vivido Inglaterra desde mediados del siglo XVII se sumaba, desde la segunda década de la centuria siguiente, un nuevo aporte de laxitud de la conducta traído de las pequeñas cortes de los estados alemanes por los monarcas de la casa de Hannover y por sus acompañantes numerosos. Aquellos minúsculos soberanos parodiaban en sus cortes pintorescas los usos de Versalles; y para subvenir a aquellas alegres necesidades de es-

parcimiento, boato y galantería, apelaban a ingeniosas industrias. Una de ellas era la de vender sus súbditos, en calidad de expertos soldados, a las grandes potencias, para que combatieran unas con otras; y en vender ellos mismos votos, influencias, neutralidades, por pensiones y dádivas. Colocados en un gran trono de Europa, por arte de intrigas políticas basadas en una conexión familiar, aquellos príncipes alemanes se interesaron afortunadamente poco en la lengua y en la política inglesa, y con su omisión dieron origen impremeditado al fenómeno del gobierno por el gabinete, que había de transformarse bien pronto en gobierno por el parlamento, y más tarde en gobierno del pueblo. Ellos se dedicaban a sacar el mejor partido posible de la vida y de las circunstancias, como quien tiene alquilada una mina o una hacienda. Y si su acción no se reflejaba sobre la conducción política, tenía, en cambio, grande influencia sobre las costumbres.

Swift vivió en medio de aquel ambiente social, y participó en él en calidad, no por mediocre menos activa, de pariente pobre de gentes tituladas, y aficionado a la política, y aspirante a la prebenda. Su caso es bien extraño, porque en él no había trazas de un temperamento místico ni evangélico. No fue el Savonarola a quien los vicios de los poderosos encendieran en santa cólera y predispusieran al apostolado y al martirio por la redención de los hombres, el triunfo de la justicia y el castigo de las abominaciones. Hombre frío y egoísta, que mantenía una seriedad imperturbable mientras sus interlocutores se desternillaban de risa de sus malignas ocurrencias, vivió lleno de pequeñas ambiciones, de pequeñas tretas, de pequeñas envidias, tratando de hacerse asimilar a miembro de las oligarquías, y de pasar por hombre que tuviera una posición social y política establecida y no contestada. Generalmente fracasado en sus empeños, se vengó de la sociedad en la mejor manera que pudo: observándola. Y de aquella observación inmisericorde, que incluía la observación despiadada de sí mismo, extrajo aquel monumento del genio satírico que constituye su obra de literato.

La biografía de Swift es bien poco interesante. Huérfano y destituido, conoció en la niñez los rigores de la mala fortuna. Pero en la mocedad logró apeгarse a la servidumbre de un pariente distante, viejo diplomático, y literato diletante y egoísta gozador de la vida, que se llamó Sir William Temple. Cambió la esclavitud oscura por la servidumbre dorada, sin que mejorara su concepto sobre los

amos de la vida. Pero, entre ser servidor y ser amo, ya que el hombre, según él, era un mal animal inmejorable, encontró que era preferible ser amo. Y a lograrlo encaminó su industriosa carrera. Había estudiado en el Trinity College, de Dublín, y más tarde, mientras servía de secretario al pariente rico, consiguió graduarse de maestro de artes en Oxford, y entrar al servicio divino bajo la denominación de la iglesia irlandesa. Desde entonces su grande aspiración consistió en conseguir un obispado en Inglaterra; pero solo, después de muchas solicitudes, dilaciones y contrariedades, llegó a conseguir un deanato en Irlanda, a cuyas gentes despreciaba. Vivía en Irlanda, pero frecuentaba a Londres, y allí empezó a intervenir en política al lado de la casta dominante de los whigs. Su aporte de escritor público mordiente y efectivo era apreciado grandemente por los magnates de la política, pero no suficientemente recompensado; no recompensado por lo menos en la forma que Swift creía de justicia. Entonces, en una vuelta de la política, cuando los Tories accedieron al mando, pasó a su lado; y todo el poder de invectiva que hasta entonces había empleado contra ellos, lo devolvió contra los whigs, de cuya íntima conducta tenía mejor conocimiento.

Entre tanto, su genio de escritor no sólo le abría paso entre los grandes literatos y los hombres de estado mediocres de su tiempo, sino también en la sociedad de los aristócratas y los banqueros. Entrometido entre las grandes figuras de la vida londinense, él, para defenderse o para curarse en salud, afectaba tratarlos con una familiaridad despectiva y ultrajante. A tiempo que minuciosamente coleccionaba invitaciones, travaba recuerdos comunes, procuraba hacerse presente en los momentos inolvidables de las vidas de los otros, buscando su propia conveniencia y su propia oportunidad, y queriendo deslumbrar a los que le quedaban más abajo, ante los de arriba afectaba ser el hombre de genio indulgente que presta por descuido su compañía a los políticos pedantes, a los aristócratas vacíos, a los literatos ansiosos de progreso. Si su posición fue vejatoria ante sí mismo, que tenía tan honda conciencia de la realidad de las cosas y tan certero conocimiento del interior de los hombres; si esa posición, brillante ante el exterior, era precaria ante su propio ser, y fuente de amargura, en los campos de la sociedad, de la vida eclesiástica, de la vida política, en cambio tenía una razón fundamental de ser en el terreno de las letras humanas. Y así logró Swift ser el supremo rector de la actividad literaria de su tiempo.

En el mundo de las letras asentaba Swift naturalmente una autoridad que le venía de sí mismo, y que no era inspirada en la condescendencia ni el temor ni la conveniencia. El fue de los iniciadores de una vida de intensa comunicación entre letrados, eruditos y artistas, que da carácter y colorido al siglo XVIII en Inglaterra. Se reunían los literatos en Coffee-Houses, chocolaterías, clubes privados que han quedado famosos en la historia. Florecían entonces Addison y Steele maestros del ensayo y próceres de la prosa; Pope, que había recogido el cetro vacante por la muerte de Dryden, éste último pariente y enemigo de Swift, y que es una de las figuras máximas de la poesía inglesa de todos los tiempos; John Arbuthnot, tremendo satirista, inmortal por su historia de John Bull; Mathew Prior, diplomático, político y poeta, de intensa actividad en todo campo, y filósofo epicúreo; John Gay, de gentil carácter bohemio y ligeros principios, segundo después de Shakespeare, entre los literatos ingleses que supo sorprender el alma del pueblo, y cuya *Beggar's Opera*, trabajo dramático-cómico, es una epopeya de pordioseros y rateros; Sir Samuel Garth, y Thomas Tickel, el amigo de Addison, y Edward Young, y otros poetas de alta valía. Aún ciertos políticos, como Temple y Bolingbroke, se picaban de letrados y tenían a honor alternar en aquellas reuniones de café. En tanto que Berkeley llevaba contemporáneamente a cabo una obra filosófica que es igualmente admirable como obra de estilo.

Fue aquella la sociedad auténtica de Swift. Y en ella su genio descolló en la forma de una jefatura intelectual. En la vida política, un instante de auge conoció aquel amargo y ladino personaje. Más que todo con el ánimo de fastidiar al gobierno, y crearle problemas, un día reveló, mientras atendía a su parroquia en Irlanda, alguna oscura negociación entre el gobierno y la Iglesia de Inglaterra para introducir moneda depreciada en Irlanda por un valor nominal que aseguraba fabulosas ganancias a los contratistas; y alrededor de ese sucio asunto, hizo la pintura y la defensa de las glebas oprimidas de Irlanda, en una serie de cartas firmadas con el pseudónimo de un traperero. El aire de buena fe burguesa con que se exponen allí todas aquellas trapisondas, es inimitable en los anales del humor literario. Alrededor de esas cartas se produjo un grande escándalo, e inútilmente se trató de condenar al autor como libelista. La negociación fracasó: y el pueblo de Irlanda, en donde Swift era generalmente mal querido, sobre todo desde su interesada conversión polí-

tica, pasó, con la lógica de los movimientos colectivos, a convertirse en histérico adorador del deán de San Patricio. Por poco tiempo, desde luego. Pero en aquel momento, Swift habría podido lograr su ambición de hacer volar en pedazos un gabinete de Londres, desde la oscura parroquia a donde lo habían relegado los magnates.

En su vida sentimental fue igualmente metódico, opresivo y cruel Jonathan Swif. Tuvo contemporánea o alternativamente dos novias en la vida, que le sirvieron de pretexto para divagaciones literarias, y que devotamente, abnegadamente, dolorosamente, desesperadamente, lo esperaron en vano al través de los años. Ester Johnson, a quien conoció como pupila de Temple, en plena adolescencia, cuando con él servía en la lujosa mansión de descanso de Surrey, y que es la destinataria del *Journal to Stella*. Y Hester Vannonrigh, hija de algún mercante rico de Londres, y que en la onomatópica literaria de Swift figura con el nombre de Vanessa. Ambas se entregaron al hombre seco y amargo con devoción ilímite, que es tan explicable en el campo de las razones del corazón: y cuando un día la una supo de la otra, y medió entre ellas y él una escena patética, Stella murió de pesadumbre. La sobrevivió Hester para sufrir el suplicio de cinco años de las más estrambóticas relaciones. Parece que al fin celebraron un matrimonio secreto. Pero Swift no accedió desde entonces a tenerla bajo su techo, ni a verla en su residencia sino en compañía de una tercera persona. Y también ella fue agotándose hasta que al fin murió de amor y de dolor, como las princesas de los cuentos prometida sin esperanza al príncipe joven y valiente.

Carrera extraña la de este hombre de genio, que había de componer con elementos de su propia vida y de la vida de su tiempo, que era una misma vida, la iliada del dolor y del ridículo de las vidas humanas. La concepción de Gulliver es tan original y feliz como la de Quijote y Sancho o como la de Segismundo. La mente de los hombres para no perderse en la filosofía ni extraviarse en la moral, necesita de puntos de referencia. Los grandes creadores de belleza literaria son aquellos que han ideado un sistema métrico peculiar e impresionante para medir la acción y la pasión de seres y sociedades. Y si Cervantes fijó en el idealismo de Alonso Quijano y en la practicidad de Sancho los puntos extremos en que se mueven las vidas individuales, Swift ideó la manera audaz y sorprendente de medir los valores sociales. El individuo humano perdido en el mundo, entre el misterio del átomo y el misterio del astro; vacilante,

con su microcosmo a cuestras, entre el tiempo interminable y el espacio infinito y la muerte segura, carecía de medidas inmediatas para localizar el ámbito de sus empeños. Con concepción genial, Swift lo puso en los paños del gigante y del enano que miran, según su naturaleza verosímil, el desarrollo de las actividades de relación entre los hombres comunes. Para el liliputiense, todo aparecerá magno y sublime en las actitudes y operaciones más vulgares del sujeto común: para el habitante del país de los gigantes, grandes hazañas, grandes triunfos, grandes derrotas, grandes aspiraciones y grandes decepciones del hombre común aparecerán minúsculas y lastimosas.

Desde estos dos ángulos de visión, tan nuevos y tan diferentes de la capacidad de observación del hombre sobre sí mismo y sobre sus semejantes, todo, verdad, bien, belleza, viene a confluír en un criterio de relatividad que tiene que culminar en un criterio de benevolencia. Lo que, en nuestro presente siglo, al través de los progresos, de las matemáticas y de la física, ha sorprendido Einstein como ley del universo, lo descubrió más de doscientos años Swift en el campo de la moral y de la filosofía; y lo fijó en un libro que leen los niños como si se tratara de unos cuentos de hadas. Swift simplificó el problema social hasta reducirlo a un esquema de caricatura. Su mente sintética halló en el contraste, la manera más económica de hacer vivas y fulgentes las nociones abstrusas que la filosofía ha copiado sobre el destino humano y que la nueva ciencia de la sociología quiere generalizar trabajosa y voluminosa e impotablemente al terreno social. Su humor representa el ápice del esfuerzo mental y permanece como una de las contribuciones más eficaces de la inteligencia a la interpretación de la conducta.

Se necesita de un hombre que hubiera vivido, y vivido penosamente, la experiencia de la sociedad, y no de un asceta iluminado e inhumano como San Francisco o como Savonarola para que el reproche a las costumbres depravadas y a las ideas ilógicas, apelara a lo que en nosotros hay de más entrañable, que es lo humano. Se necesitaba que esa experiencia hubiese sido adquirida en tiempos desastrosos y en sitios perdidos, para que la espada de la crítica social pudiera penetrar hasta la empuñadura, sin reatos ni vacilaciones. Se necesitaba que no existiera ninguna intención didáctica ni moralizadora en el sujeto de la experiencia, para que las gentes aceptaran su dicho desprevenidamente. Desde ese punto de vista Swift es un gran

moralista, un eficaz forjador de su pueblo, y su obra genial y su figura desagradable aparecen casi providenciales.

Cuando se piensa que después de Swift un día Nelson pudo esperar, esperar, el día de su muerte, que cada inglés, en aquel día, cumpliera con su deber; y cuando se piensa en el programa de sangre, dolor y lágrimas que Churchill propuso a su pueblo en 1941, cuando todo en la vida indicaba entregarse a fuerzas incontrolables de la naturaleza; y cuando se piensa que la Gran Bretaña respondió entonces y ahora a la demanda, colectivamente, en forma perfecta, debe concluirse que la crítica social, ejercida por todos los grandes ingenios ingleses sobre su pueblo y su costumbre, antes que dissociar crea y estimula. La libertad es condición indispensable para que se ejerza la función crítica: e Inglaterra, antes que todo, ha asegurado, con sacrificios inauditos, al través de los siglos, el principio de la libertad. Ácidos y reactivos han purificado, a lo largo de las edades, aquella magna aglomeración de hombres sensibles a la crítica.

El estilo literario de Swift representa la perfección del esfuerzo intelectual, por su sencillez resplandeciente: y a él irán a beber todas las edades literarias, futuras cuando quiera que el conceptismo, el barroquismo, el gongorismo o el academicismo, reflejen en las letras la penuria social y la perversión de las costumbres y de las ideas. En su carta, a un joven clérigo, recién ordenado, por una persona de calidad, opúsculo que publicó Swift en Londres en 1721, está contenido el famoso apotegma del satírico, según el cual "las palabras propias en los lugares propios constituyen la verdadera definición del estilo". Allí, entre observaciones relativas a los deberes eclesiásticos, hace incidentalmente Swift consideraciones sobre el estilo, al referirse a los sermones. Traduzco de una parte de ese cuaderno estos conceptos sencillos y los dedico a los poetas modernistas de nuestro país, los cuales no negarán autoridad intelectual, a Joanthan Swift.

"Creo que el método observado por el famoso Lord Falkland en alguno de sus escritos, no sentaría mal a algunos clérigos jóvenes. Anciana persona de calidad que lo conoció, bien me decía que, cuando él dudaba si una palabra fuese o no inteligible, acostumbraba consultar a alguna de sus sirvientas (no a la camarera, que podía tener veleidades romancescas), y se guiaba por su juicio para inscribir esa palabra o desecharla". Más adelante agrega Swift: "No

me explico por qué los profesores de varias artes y ciencias son generalmente los más ineptos para explicar su pensamiento a las personas que no pertenecen a su tribu. Un sencillo campesino hace entender a cualquiera, en tres palabras, que se le ha dislocado un pie o que se ha partido un hueso; en tanto que un sabio cirujano, después de cien términos científicos, y si uno no pertenece a su gremio, lo deja a uno a obscuras de lo que sucede, como si no hubiera abierto los labios."

Swift murió solo, abandonado e idiotizado, el 19 de octubre de 1745, en su deanato de San Patricio, después de cuatro años de completa inconsciencia, durante los cuales no habló jamás una palabra. Al través de doscientos años, acerquémonos a su lecho mortuario para decirle que hemos olvidado su vida, pero que su genio iconoclasta sigue edificando nuestro espíritu, y es una de las altas glorias de la magna Inglaterra.

Juan Lozano y Lozano

DE UN ESTUDIO SOBRE FALLON

Por RAFAEL MAYA

Tres poesías constituyen el equipo intelectual de Fallon, pero tres poesías de calidad realmente extraordinaria. *La luna*, *La palmera del desierto* y *Las rocas de Suesca*. Nada tienen de común entre sí estas maravillosas creaciones, y antes bien parecen producto de plumas distintas. En otros poetas de obra más extensa, se advierte a primera vista la continuidad de su pensamiento, la trayectoria de su imaginación, y dijérase que todos los hijos de su espíritu salen marcados en la frente con marca de hierro. Tal acontece con José Eusebio Caro y con Rafael Pombo. Todos sus versos tienen estrecho parentesco entre sí, y ciertó aire de familia que es inconfundible. Recórrase la extensa colección poética de Pombo y se verá que nada se sale de tono, y que allí donde el poeta parece más extraño a sí mismo y finje contradecirse, allí pueden señalarse las raíces más íntimas de su arte y deducirse los principales rasgos de su inspiración. Nada de común tienen, por ejemplo, *El Bambuco* y el canto *Al Niágara*, y la misma enunciación de los temas indica que se trata de poesías diametralmente opuestas por su realización y su ejecución. Sin embargo, cualquier lector inteligente podría señalar no sé qué afinidades entre estos dos poemas, afinidades que se encuentran en cierta audacia de imaginación, que bordea casi lo extravagante sin entrar en su órbita; en lo impensado de algunos giros, llenos de novedad y no usados antes por la musa castellana; en fin, en otros detalles ya de expresión o ya de concepción, que llevan a la consecuencia de que una y otra poesía fueron fruto de una imaginación tan peregrina como original, que nada tenía de vulgar ni de adocnada, y que al contrario solía ver las cosas con ojos de profunda y verdadera originalidad.

Lo mismo acontece con Caro. Su *Oda al Socialismo* y su poema llamado *La bendición nupcial*, están a distancias estelares en el